

Los sucesos derivados de la formación del *Partido Independiente de Color* (PIC) en 1908 y sobre todo la masacre de que fueron objeto sus miembros en 1912, como consecuencia del levantamiento armado que protagonizaron para intentar obtener los derechos ciudadanos que les eran negados, han salido a la palestra pública con una fuerza incontenible al conmemorarse el centenario de aquella masacre, que llevó a cabo el ejército constitucional de la recién inaugurada república y dejó tan dolorosas huellas en los afrodescendientes cubanos. Especialmente activo ha sido el movimiento independiente contra el racismo y por los derechos civiles en esta conmemoración.

*ISLAS* se hace eco de que tales conmemoraciones constituyen un momento esencial para continuar el debate sobre procesos históricos particularmente nocivos para



la integración nacional, por el cual tanto abogan los movimientos enfrascados en la lucha contra el racismo y las demás manifestaciones de exclusión que persisten en la sociedad cubana.

Es imprescindible continuar adentrándonos en las condiciones que dieron lugar al surgimiento del PIC para valorar en toda su magnitud las demandas que suscribieron. A un siglo de distancia, su actualidad y su trascen-

dencia indican que muchas de las desigualdades contra las que el PIC se propuso luchar, siguen vigentes en Cuba. Tales hechos pueden arrojar luz en el tratamiento a las inaplazables demandas de la comunidad afrodescendiente y la negativa incidencia del estado de cosas actual para el futuro de la nación cubana. Como señala Eleanor Calvo en su artículo “Compromiso por la igualdad y la justicia”, se impone afianzar el “intercambio sobre cuestiones de supremo interés del actual panorama social, sobre todo en torno a la necesidad de socializar el debate y el conocimiento histórico, así como los peligros de la previsible y compleja transición para las relaciones interraciales (...) para emprender con posibilidades de éxito la construcción de la Cuba próspera, justa e integrada por la que lucharon los héroes que el hegemonismo racista [actual] se niega a reconocer.”

El PIC surgió apenas 10 años después de haber concluido la guerra de independencia (1895-98), en la que los afrodescendientes desempeñaron un rol fundamental, imbuidos de la esperanza de que, con el cese del colonialismo español, se harían realidad las premisas integradoras e igualitarias que habían servido de base a la lucha con la participación de todos los cubanos sin importar el color de la piel. Sin embargo, una vez instaurada la república en 1902, la manipulación política de las elites blancas en el poder dieron un vuelco total a lo proclamado por José Martí y otros líderes independentistas antes y durante la gesta libertadora.

Los afrodescendientes —de quienes se acordaban los partidos políticos solo en los momentos de elecciones para lograr su apoyo— se vieron relegados desde el primer momento del disfrute de todas las ventajas económicas, políticas, sociales y culturales por las cuales lucharon junto a los blancos. A pesar de su prominencia en la guerra, su ausencia era escandalosa en los espacios públicos y gubernamentales de la paz. Incluso en la policía y el ejército fueron relegados a segundo y tercer plano. Las limitaciones y desigualdades encontraban siempre un buen asidero en una ideología racista que parecía no ceder terreno, como demostrarían los hechos subsiguientes.

Para importantes líderes afrocubanos, que se habían destacado en la lucha anticolonialista, quedó claro que la aparente participación en las batallas electorales, el apoyo a un partido u otro, y la preparación educacional y política no daba ningún resultado para los afrodescendientes. La frustración y el descontento comenzaron a vislumbrarse a través de inquietudes políticas y los descendientes de africanos buscaron vías para ocupar el espacio que le correspondía en la nueva república. La Cuba “con todos y para el bien de todos” que había convocado, Martí mediante, a los patriotas sin tener en cuenta el color de la piel ni la posición social, y el postulado de que “cubano es más que negro, más que blanco, más que mulato” se convirtieron en promesas huecas con los políticos aferrados al poder. Las diferencias entre el discurso político y la exclusión real, como ocurre hoy, propiciaban la creciente inquietud.

En estas condiciones surgió el PIC, como movimiento que no solo se preocupaba por los incontables males que afectaban al país, sino que como el único que planteaba un programa realmente comprometido contra la discriminación racial. Desde el inicio fue objeto de una amplia campaña de descrédito, que tuvo su clímax con la Enmienda Morúa (1910), que lo ilegalizó. Sus líderes y simpatizantes se vieron impulsados entonces a exigir por las armas lo que se negaba por vía constitucional.

En ese contexto la prensa principió sus ataques y descréditos contra los grupos involucrados en la formación del PIC y su posterior alzamiento. Así allanó el camino para los hechos monstruosos de 1912, en medio de la pasividad nacional que solo vio en los militantes del PIC a enemigos, revoltosos y agitadores racistas que amenazaban la estabilidad de la nación, como si esa fuera la primera vez en que los cubanos recurrían a la fuerza para conquistar derechos debidos o arrebatados.

Las consecuencias de la masacre de aproximadamente 3000 afrodescendientes y su actualidad son tratadas con amplitud y diferentes perspectivas en los ensayos: “Partido Independiente de Color. Una deuda con la verdad y con la historia”, de Leonardo Calvo; “Bordeando 1912”, de Manuel Cuesta Morúa; “Del grito al silencio”, de Juan Antonio Madrazo; “Compromiso por la igualdad y la justicia”, de Eleanor Calvo; “Unidad Real”, de Hildebrando Chaviano; “La rebelión de los Independientes de Color: cosas sin aclarar”, de José Antonio Fornaris; y “Mantener vivo el espíritu de los independientes de Color”, de Moisés Leonardo Rodríguez. Se incluye también el trabajo “Anatomía de un silencio” de Roberto Castell. Este último es análisis más bien desde la perspectiva de los blancos en la cúspide de la pirámide económica, social y política del país en aquellos momentos, que parece mantenerse aún con ciertas adaptaciones. Sin embargo su importancia reside en que contribuye a incentivar nuevos trabajos y promover el debate inconcluso sobre los sucesos de 1912 desde diferentes ángulos.

Al analizar el contenido de la centenaria plataforma política del PIC y sus demandas no queda menos que pensar en las realidades actuales de los afrodescendientes cubanos y la vigencia del aquel programa. Como podrá observarse en muchos de los trabajos que ahora se publican, las condiciones alarmantes en la Cuba de hoy generan las mismas reivindicaciones de carácter económico, político y social, incluyendo las esferas laboral, educacional, judicial, militar, así como la exigencia de participación equitativa en los espacios públicos y necesidad de atender al contexto vital en que se desenvuelven los afrodescendientes.

La necesidad de que los afrodescendientes elijan sus representaciones en el gobierno para poder enfrentar sus problemas desde su propia perspectiva —aunque desde muchos ángulos coinciden con los de los sectores más pobres— presenta no pocas aristas específicas. Ya ni siquiera se legisla ni actúa teniendo en cuenta las particularidades que históricamente han afectado a este grupo y que tantos conflictos ha generado. Es como si se pensara que los afrodescendientes deben ser sumisos y conformarse con realidades que les afectan, entre otras cosas por la renuencia de las élites blancas a asumirlos en toda su trascendencia y valor como forjadores de las riquezas y valores nacionales. Por eso no solo necesitan, sino que también exigen un tratamiento puntual, comprometido y responsable en la dirección de los destinos de la nación.

Leonardo Calvo Cárdenas enfatiza: “Las autoridades cubanas y sus voceros académicos e intelectuales han perdido una maravillosa oportunidad para colocar en justo lugar este significativo proceso histórico y reconocer de una vez y por todas a sus protagonistas como héroes y mártires de la lucha por una igualdad social largamente soñada, tantas veces cantada y todavía no alcanzada en nuestro país.”

En este sentido el *Comité Ciudadanos por la Integración Racial* (CIR) ha venido desarrollando un abultado programa de discusiones y conmemoraciones, pese a las condiciones hostiles en que despliegan su trabajo, enfrentados a la obstinación aberrada de las fuerzas gubernamentales. Por iniciativa del CIR, cada 7 de agosto se recordará la fundación del *Partido Independiente de Color* como “Día de la Dignidad Afrodescendiente” y cada 27 de junio (fecha del asesinato de Evaristo Estenoz, líder del PIC) será conmemorado como “Día Nacional de Homenaje a los Mártires de la Lucha por la Igualdad y la Justicia.” En la argumentación se señala que se rendirá también “el homenaje que merecen esos africanos que prefirieron morir en el mar para no llegar esclavos a una tierra ajena, aquellos esclavos que se sublevaron o huyeron de su cautiverio para crear en Cuba los primeros espacios de libertad verdadera, los miles de afrodescendientes que entregaron su sudor y sangre a la causa de la independencia.” Se incluyen tantos otros que con verdadero coraje patriótico han protagonizado hechos memorables en la historia de Cuba, y se ensalza su creativa y fructífera participación en la edificación nacional, que “no ha encontrado reflejo en el acceso de los afrodescendientes a los espacios donde se construyen y definen el poder y el bienestar y mucho menos en los patrones referenciales de una mentalidad persistentemente criolla y colonial que expone a los cubanos negros siempre como inferiores.”

Junto con los aniversarios del *Partido Independiente de Color*, *ISLAS* rinde homenaje a José Antonio Aponte y a todos los participantes de la primera gran conspiración (1812) que se propusiera el fin del colonialismo español y la eliminación de la esclavitud. A doscientos años de esa gesta, aplastada con saña por la metrópoli y los esclavistas cubanos, no queda otro remedio que observar con dolor el olvido al que se han relegado a estos precursores de la nacionalidad y la nación cubana. Mientras con orgullo podemos ver monumentos en los Estados Unidos al líder negro por los derechos civiles Martin Luther King, Jr., incluso en la histórica explanada donde se levantan otros a George Washington y Abrahan Lincoln, uno de nuestros héroes nacionales, Aponte, no cuenta con merecido monumento en Cuba ni se valora con la justeza debida el alcance nacional de su conspiración. Es común salir de las aulas universitarias sin tener justa noción de su gesta libertadora.

En contraste con todas estas ausencias, omisiones y desconocimientos, después de décadas de haber sido desmantelada, se restituyó la estatua del general presidente José Miguel Gómez, quien ordenó la masacre contra los Independientes de Color, en la Avenida de los Presidentes, una de las mas céntricas arterias de la capital habanera. Esta ignominia solo puede ser aprobada por racistas inveterados y encara ya la condena de muchos cubanos, en particular del movimiento independiente realmente comprometido con la historia, el presente y el futuro obligatoriamente integrador de la nación cubana. A tal respecto se publica el trabajo “Justicia histórica para un héroe desconocido”, de Rogelio Montesinos.

Al momento de cerrar esta edición, los norteamericanos y toda la comunidad mundial, en especial esa gran masa de luchadores contra todo tipo de discriminación y exclusión, recibieron la noticia de que el primer presidente afrodescendiente de la historia de Estados Unidos, Barack Obama, alcanzaba otra resonante victoria en las elecciones presidenciales. Ya no se trata, como dijera uno de nuestros colaboradores, de “La lluvia pasajera” que algunos esperaban, sino de un “temporal” sin precedentes, que pone en primer plano la pujanza y las posibilidades de los afrodescendientes en los destinos de nuestro hemisferio. Que eso ocurra ya con marcada regularidad en la primera potencia del mundo, en el monstruo que el gobierno cubano usa para ejemplificar las prácticas de racismo, debe poner a pensar a los gobernantes de la Isla en otras estrategias con las cuales desviar la atención de sus problemas internos y de la situación discriminatoria que siguen arrojando los afrodescendientes cubanos. De seguro que nuevas artimañas se pondrán en acción para presentar la imagen de la Cuba igualitaria que se las páginas de *ISLAS* destruyen por completo.

En esta edición nuestros lectores encontrarán trabajos de variedad temática como la mulatez en la mujer cubana y sus contradicciones históricas y actuales. En “La Mulata: parece blanca, pero... ¿lo es?” se abordan los debates para definir si la mulata es blanca o no y los incontables prejuicios y discriminaciones de que han sido objeto.

Los artículos “Georgina Herrera: una cimarrona genuina”, de Jorge Olivera, y “Cimarronas por derecho propio”, de Melquiades Montenegro, dedicado a la poetisa Georgina Herrera, la cineasta y documentalista Gloria Rolando, y la artista plástica María Magdalena Campos Pons, ponen acento en esa “legión de mujeres afrofeministas que se han propuesto desmontar historias de invisibilización, en las cuales a la mujer afrodescendiente le ha tocado la peor de

las suertes.”Este bloque sobre la mujer afrodescendiente se completa con “Afrocubanas en busca de un imaginario propio”, de Lucas Garve.

José Hugo Fernández nos revela con “Rizos de miedo en La Habana” que el Movimiento Rastafari ha tomado fuerza en la sociedad cubana y describe tanto sus particularidades nacionales como las ojerizas que ha causado en el poder. Sus profundas raigambres africanas y afrocaribeñas no han impedido que las autoridades lleguen a catalogar a los rastafaris cubanos como peligrosos para la tranquilidad ciudadana. El autor explica: “Parece ser que la crecida, en los últimos tiempos, del movimiento rastafari en Cuba y muy especialmente en La Habana, trae a reflote uno de los males endémicos de nuestra sociedad: el miedo al negro y a lo negro, que curiosamente resulta ahora mucho más visible entre los estratos del poder que entre la población corriente, en la cual, no en balde, se patentiza un aumento de la proporción de negros y mestizos.” Pero ellos siguen ahí, enfrentándose a la hostilidad, acrecentándose y desarrollando su genuino programa sociocultural y filosófico.

Por último, entre el cúmulo de trabajos que completan esta edición y ofrecen una vista panorámica de la problemática sociorracial cubana, se incluye la amplia reseña de María Ileana Fraguaga sobre el libro *El miedo al negro*, del renombrado autor afrodescendiente Juan F. Benemelis, cuya obra histórica, antropológica, actual y educativa se ve imposibilitada de circular en la Isla por causa de la censura oficial.

Dr. Juan Antonio Alvarado Ramos